

- BLA. ¡Entonces Walter Lacy era perdido!
- D'AIG. No, hija mía; como la letra del capitán es tan parecida, y como ya se sospecha de su lealtad.
- BLA. ¡Ah! Tiene usted razón, el comprometido es David.
- D'AIG. Pero ¿de qué modo llega a poder de Robin este documento?
- BLA. *Después de meditar un momento.* Nada más sencillo.
- D'AIG. ¿Tiene usted algún medio?
- BLA. ¿No van a parar al Ministerio de la Guerra los papeles inutilizados que se arrojan al cesto en la Embajada alemana?
- D'AIG. Efectivamente.
- BLA. ¿No compulsa el comandante los pedazos de papel encontrados, restaurando los documentos que ofrecen algún interés?
- D'AIG. Sí... sí.
- BLA. Se rompe este memorándum en cuatro pedazos.
- D'AIG. Y se introduce en uno cualquiera de los sacos.
- BLA. El comandante los encuentra...
- D'AIG. Los une...
- BLA. Reconstituye el escrito...
- D'AIG. Advierte que la letra es del capitán...
- BLA. Se confirman sus sospechas...
- D'AIG. Y se procede contra el supuesto traidor... ¡Magnífico, hija mía!
- BLA. Yo me encargo de que esta idea se lleve a su debido cumplimiento. Mas siendo el capitán inocente...
- D'AIG. ¡Inocente o culpable, Dios le señala como instrumento de su justicia! ¡Jesús era también inocente, y ellos, los judíos, le escarnecieron y le crucificaron sin piedad de ningún género. Así se redimirá ese judío de la maldición que pesa sobre su frente.
- BLA. ¡Cúmplase la voluntad de Dios! *(Besando la mano del jesuita.)*
- D'AIG. ¡Amén! *(Se dirige al foro para hacer mutación y cae el telón.)*

TELON



ACTO SEGUNDO

CUADRO II

EL COMLOT ORLEANISTA

Decoración: Telón muy corto en el cual se halla pintado en perspectiva el interior de una celda perteneciente a uno de los Colegios de la Compañía de Jesús.

ESCENA PRIMERA

Al verificarse la mutación aparecen por la derecha el P. D'AIGLON y el General FOUQUET.

- D'AIG. Venga aquí, amigo mío; dentro de mi celda podemos hablar con entera libertad.
- Fou. Padre D'Aiglón; vamos a llevar a cabo un acto de justicia que promete tener gran resonancia.
- D'AIG. Sepamos... Sepamos...
- Fou. Trátase de un canalla traidor a su patria, quien para deshonor del Ejército, viste el honoroso uniforme de capitán de Artillería.
- D'AIG. ¿Cómo se llama ese desdichado?
- Fou. Alfredo David.

D'AIG. ¿Qué crimen se le imputa?
 Fou. Ha vendido a los alemanes importantes documentos que comprometen la paz de la nación.
 D'AIG. ¿Y le formarán sumaria?
 Fou. Ya está dada la orden de arresto. El comandante Robinat ha salido con el coronel Gastón y el Jefe de Policía, para prenderle y recluirlle como reo de Estado en las prisiones militares.
 D'AIG. Cuidado, general, cuidado... ¿Cómo se ha sabido eso?
 Fou. Por un documento anónimo encontrado en uno de los sacos de papel inutilizado procedente de la Embajada alemana.
 D'AIG. ¿Y quién obtuvo semejante hallazgo?
 Fou. El comandante Robinat, quien ya sospechaba del capitán...
 D'AIG. ¿Acaso la letra del documento?...
 Fou. Justo... Es la suya.
 D'AIG. ¿Se ha cotejado? ¿Se ha oído el informe de algún perito calígrafo?
 Fou. Sí, por cierto.
 D'AIG. ¿Y en su opinión?...
 Fou. Se ha confirmado plenamente el delito.
 D'AIG. ¿Se afirma categóricamente que?...
 Fou. En absoluto.. Que el documento está escrito por el capitán, de su propio puño y letra.
 D'AIG. ¡Desdichado! ¡Le veo perdido sin remisión!
 Fou. No le compadezca usted, Padre. Ese capitán no es siervo de Jesús. ¡Venera al Dios de Israel!
 D'AIG. ¿Es judío!..
 Fou. Sí, señor.
 D'AIG. ¡Oh! (*Haciendo la señal de la cruz.*)
 Fou. El Ministro de la Guerra se resistía a dar la orden de arresto sin mayor abundancia de datos.. El asunto se hallaba velado por el más profundo secreto; pero hete aquí que un diario de París ha levantado la punta del velo, delatando el hecho a la opinión pública.
 D'AIG. ¿Y cómo han podido averiguar?...
 Fou. Eso es lo que todos ignoramos.
 D'AIG. Ya lo comprendo; ante la indiscreción de la prensa, ¿el Ministro habrá temido?

Fou. Todo lo adivina usted, Padre, con la suprema sagacidad de su talento. El diario da la voz de alerta a los buenos patriotas, para que no se eche tierra al asunto por algún judaizante y aquí señala al Ministro.
 D'AIG. Y éste, para satisfacer a la opinión, ha soltado la orden de arresto.
 Fou. Efectivamente. (*Pausa.*)
 D'AIG. ¿Sabe usted, general, que este es un caso muy hermoso?
 Fou. Un caso hermoso de justicia.
 D'AIG. Yo vislumbro algo más.. Algo de mayor trascendencia que el castigo del culpable. La vida de un gusano, ¿qué importa en medio de la general podredumbre que nos envuelve?..
 Fou. Hoy uno y mañana otro..
 D'AIG. No; todos a la vez.. Supongamos que se le condene a ser pasado por las armas..
 Fou. Esa será la pena.
 D'AIG. Convenido; pero repito que eso es poco.. El hecho queda luego relegado al olvido. Pasa como una sombra por la maldita frente de los judíos, y nada más.. Todo queda como antes..
 Fou. Efectivamente.
 D'AIG. Meditemos, general, meditemos.. Si la luz de un gusano se convierte en llama, ¿no se convertiría esa llama en inmensa hoguera arrojándola combustible?
 Fou. No tiene duda.
 D'AIG. Supongamos que se enconan las conciencias de los buenos franceses, soliviantados por la idea de que el delito quede impune merced a la influencia de los cuantiosos tesoros que poseen los banqueros judíos..
 Fou. Grande sería el conflicto.. ¿pero cómo se consigue?
 D'AIG. Hiriendo el sentimiento de los patriotas por medio de noticias como la que acaba de publicar la prensa de París.. Lastimando el honor del Ejército.. Caldeando el ambiente popular con manifestaciones callejeras y sangrientos choques con la policía..

Fou. ¿Y qué frutos podría dar esa exaltación de los ánimos?

D'Aig. Espere, general; no sea impaciente.. Supongamos que enfrente de ese gran movimiento nacional se colocan los republicanos y demócratas enemigos de la religión, en complicidad con los judíos y en menoscabo de la Francia...

Fou. ¡Ah! Ya voy comprendiendo.

D'Aig. Supongamos que en medio de ese caos popular, de ese turbión de pasiones, se levanta una noble figura, símbolo del orden y de las gloriosas tradiciones del heroico Ejército francés.

Fou. ¿La del Príncipe de Orleans?

D'Aig. Eso..

Fou. Admirable, Padre D'Aiglón, admirable.

D'Aig. Y supongamos, por último, que la espada de un militar ilustre, la del bizarro general Fouquet, mi predilecto amigo, se convierte en la espada de Breno para decidir la victoria frente de la guarnición de París..

Fou. *(Estrechando la mano del jesuita con entusiasmo.)* Aceptado, Padre, aceptado.

D'Aig. ¿Puede llevarse a cabo mi proyecto?

Fou. Sin duda alguna.

D'Aig. Entonces, manos a la obra, general.. No hay que perder un solo instante.

Fou. ¿Qué debo hacer?

D'Aig. Difundir esta misma idea en los cuarteles valiéndose de sus amigos y militares más adictos. Y, sobre todo, procurando a todo trance que el Consejo de guerra que debe formarse en su día, no condene a muerte al capitán Alfredo David.. Quien quita la causa quita el efecto, según un principio axiomático y la vida de ese miserable israelita es precio para el triunfo de nuestra causa. Con tacto y habilidad la convertiremos en manzana de discordia.

Fou. Tendré presentes todas sus advertencias y consejos.

D'Aig. Y ahora, adiós, general.. No olvide usted nuestra consigna.. Abajo la República.

Fou. No la olvido. *(Vase por la derecha.)*

ESCENA II

D'AIGLON

D'Aig. Para Padre jesuita no tendría precio este general Fouquet. Se dejará matar, si es necesario, siguiendo mis instrucciones. En estos hombres de uniforme o de levita, radica toda la fuerza del jesuitismo.. Pero es un pecado dar rienda suelta a estos alardes de vanidad. Pensemos en lo que importa. Debo reconcentrar poderosamente mi atención para atar todos los cabos sueltos; eliminar los esfuerzos innecesarios y reunir los elementos dispersos. El suelto misterioso que ha sacudido la inercia del pueblo de París, ha sido la primera chispa.. No hay que cejar hasta que se produzca el formidable incendio. *(Pausa larga. Se oyen dentro campanas y órgano.)* El tañido de esa campana me llama a la oración.. Voy a pedirle al Altísimo que ilumine mi espíritu con sus divinos resplandores. *(Vase por la derecha.)*

CUADRO III

EL ARRESTO

Gabinete en la morada del Capitán Alfredo David. Espejo en un ángulo. Mesa con recado de escribir en el lado izquierdo frente al espejo. Puertas al foro y laterales.

ESCENA PRIMERA

Aparece ELVIRA por la izquierda

ELV. Todavía no se ha desvanecido la congoja de mi corazón. ¡Qué atropello tan inaudito! *(Llamando.)* ¡Gabriela! ¡Gabriela!

ESCENA II

Dicha y GABRIELA por el foro

- GAB. ¿Qué manda la señora?
 ELV. Ahora que el niño se ha tranquilizado y le hemos puesto el vendaje con el árnica, vas a contestar a mis preguntas sin omitir el menor detalle. ¿Quiénes le apedrearon?
- GAB. Unos niños que salían del colegio que tienen establecido los Hermanos de la Doctrina Cristiana?
- ELV. ¿Y por qué razón? ¿Les ofendisteis en algo?
 GAB. De ningún modo, señorita. Son los mismos que siempre que ven a Luisín, le siguen diciendo: «Ese va al colegio de los moros. ¡Perro judío!... ¡Perro judío!...»
- ELV. ¿Y tú qué hiciste?
 GAB. Defender al niño con todas mis fuerzas. Cogí a uno de los que mucho se acercaban, y le di con la mano en... en la parte más blanda, pero esto enfureció a los otros y nos enviaron con una lluvia de piedras.
- ELV. ¿Y Luisín?
 GAB. Les hizo cara, diciendo: «¡Ah, si yo fuera tan grande como papá!»
- ELV. ¿Qué podría hacer el hijo de mi alma? ¿Uno solo contra tantos!
- GAB. Entonces le alcanzó una piedra en la frente. Yo no lo noté hasta que ví que el niño se llevó las manos a las sienes y se volvió hacia mí exclamando: ¡Sangre!... ¡Esos me han hecho sangre!
- EEL. ¡Pasa eso, Gabriela, pasa eso! ¡Me haces mucho daño!

- GAB. Me alegro, señorita, porque a mí también se me pone un nudo aquí dentro.
- ELV. Pero, ¿de dónde ha tomado origen semejante rencor?
- GAB. Según parece, los chicos del colegio que dirigen los Hermanos de la Doctrina Cristiana, se hallan enguerrados con los de la escuela que dirige el Sr. Lebrún, porque dicen que éste no tiene ningún Jesucristo en la escuela y ellos sí que lo tienen.
- ELV. Eso consiste en que un colegio es religioso y el otro es laico.

ESCENA III

Dichas y DAVID por la izquierda

- DAV. ¡No levantes tanto la voz! El niño se ha dormido. *(Vase Gabriela de puntillas por el foro.)*
- ELV. ¿Has oído nuestra conversación?
- DAV. Sí, por cierto.
- ELV. ¿Y qué opinas?
- DAV. Yo mismo iré a ver al Padre superior para que reprenda a sus alumnos y ponga coto a semejantes atropellos. Ahora comprendo el motivo de la pregunta que me ha hecho nuestro hijo un poco antes de cerrar los párpados.
- ELV. ¿Qué te dijo?
- DAV. Ese Señor Jesucristo debe ser muy malo, ¿verdad, papá?—¿Por qué razón? exclamé.— A lo cual me contestó: — Porque se enfada cuando lo sacan de la escuela y hace que los niños nos tiremos piedras.
- ELV. ¿Y entonces tú?..
- DAV. Desvanecí aquel error, diciéndole:—No, hijo de mi alma, no. No tiene la culpa Jesucristo del daño que has sufrido. La culpa es de los hombres, que corrompen su generosa doctrina

- ELV. haciendo que lo blanco se vuelva negro y
que lo negro se vuelva blanco.
DAV. Bien dicho, Alfredo, bien dicho.
Y aun le añadió:—¿Has robado tú algo?—No,
señor.—¿Ofendes a tus camaradas?—No, señor.
—Entonces no te aflijas aunque te llamen
perro judío. Respeta a tus superiores en edad,
dignidad y gobierno. Compadécete de los po-
bres, abriéndoles de par en par tu bolsa y tu
corazón. Estudia mucho para conocer los se-
cretos de la Ciencia; sé juicioso, prudente y
reflexivo y nada temas. Dios ampara por igual
a todas sus criaturas, sin distinción de edades
ni religiones, y exige que los niños se amen
pródigamente, en vez de arrojarle piedras como
si fuesen acérrimos adversarios.
ELV. Será menester trasladarle a otro colegio.
DAV. Luisín se opone a esa medida.
ELV. ¿Por qué razón?
DAV. Porque quiere mucho a su maestro, al señor
Lebrún. Siempre que pasa por su lado ad-
vierte que le dice: «¡Hola, mi pequeño israe-
lita!» y le da un troncito de orejas que le
gusta mucho, según me acaba de decir.
ELV. ¡Pobre niño!
DAV. ¿Crees tú que no siente ira mi pecho por el
atropello de que ha sido víctima?
ELV. No necesitas afirmarlo.
DAV. A él no le ha dolido tanto la pedrada como a
mí, pero es preciso amortiguar con reflexiones
apacibles el encono de los niños, para que la
semilla del odio no germine en sus tiernos
corazones.
ELV. Es verdad.
DAV. Si los directores de la niñez cumplieran todos
con su obligación, ningún crédito se daría a
la frase de Hobbes: «El hombre es el lobo del
hombre.»
ELV. ¡Frase cruel! Y, sin embargo, mi querido Al-
fredo, hay ocasiones en que resulta plena-
mente justificada.
DAV. Así es, desgraciadamente.

- ELV. Ten por seguro que vivimos en el seno de una
sociedad que nos mira con odio como si fué-
semos viles gusanos.
DAV. Ya lo sé; mas ¿qué nos importa a nosotros el
odio de los demás, viviendo al amparo de las
leyes que gobiernan a la Francia?
ELV. A nosotros, no; pero ya ves lo que ha sucedido
con Luisín. Ayer se contentaron con insultar-
le. Hoy el pobrecillo ha recibido una pe-
drada. ¡Mañana!.. ¿Qué le harán mañana al
hijo de mi corazón?
DAV. No llores, amada mía, no llores. Cada una de
tus lágrimas deja un reguero de tristeza en mi
alma. Nos recogeremos en el seno de nuestro
hogar. Haremos una piña de amor con nues-
tro hijito. Si es necesario le sacaremos del
colegio para evitar, no sólo su peligro, pero
también la zozobra de su espíritu.
ELV. ¡Ya lo oíste; le llaman perro judío! ¡Perro mi
pobre Luisín, que no es capaz de coger un
pajarillo por temor de hacerle daño!
DAV. ¿Te has propuesto conmovirme, esposa mía?
ELV. Bueno. Ya se secaron mis lágrimas.
DAV. Mira; la obligación de un padre, estriba en
dejar en completa libertad la conciencia de
sus hijos. Esta es una flor que produce dife-
rentes perfumes cuando abre su capullo.
Nuestro hijo Luis puede inclinarse a la reli-
gión que su conciencia le dicte. La mía es la
judaica, pero tantas lágrimas y suspiros me
cuesta...; tantos daños han producido a la
humanidad los fanatismos de secta...; tanta
sangre se ha derramado en los campos de
batalla por simples diferencias dogmáticas, que
ya me he convencido de que las sectas reli-
giosas todas son malas. Para regir la moral
de los hombres, bastaría la creencia en Dios
y la sencilla práctica de esta regla de oro sacada
de los filósofos de la antigüedad: «Que nadie
quiera para otro lo que no quiera para sí», y
asunto concluido.

ESCENA IV

Dichos y GENARO DAVID

- GEN. *(Muy agitado por el foro. Trae un periódico)*
¡Elvira! ¡Alfredo! ¡Hermanos míos!
- DAV. ¡Hola, Genaro!
- GEN. ¡Ah! ¿Nada sabéis todavía?
- ELV. ¿Pues qué ocurre?
- GEN. Dejadme tomar aliento.
- DAV. ¿Vienes descolorido, sudoroso!
- ELV. ¡Ay, Dios mío! Tú eres portador de alguna mala noticia.
- GEN. ¿Pero de veras que nada sabéis?
- DAV. Absolutamente nada.
- GEN. No se habla de otra cosa en todo París.
- ELV. Sácanos de esta ansiedad.
- GEN. Oye, Alfredo; en tu Negociado de informes del Ministerio de la Guerra, ¿hay algún otro oficial de Artillería?
- DAV. No. Yo soy el único.
- GEN. Entonces, maldiga Dios al que ha inspirado esta noticia. Lee. *(Saca un periódico y se entrega a David.)*
- DAV. *(Leyendo.)* «La nueva sensación del día es que circula a *sotto voce* por todas las dependencias del Ministerio de la Guerra. Seguramente parece, se ha descubierto en el Negociado de informes, la sustracción de documentos de altísima trascendencia que comprometen el porvenir de la Francia en una guerra con Alemania. Se afirma que el traidor viste el honroso uniforme del Cuerpo de Artillería, que un Ministro judaizante, trata de echar tierra al asunto, para que el delito quede impune en menoscabo de nuestra patria y de la dignidad del Ejército.»

- ELV. *(Cubriéndose el rostro con las manos.)* ¡Dios de Israel!
- GEN. Yo estoy confundido..
- DAV. *(Sobreponiéndose valerosamente a la situación.)* ¡Elvira! ¡Genaro! Parece que el cielo se haya desplomado sobre vosotros.
- ELV. Desdichado. ¿No ves que tratan de perderte?
- GEN. ¿Tienes alguna duda, hermano?
- DAV. Un miserable complot.. Quizá menos todavía.. Una mala interpretación.. ¿Y qué puede todo eso contra el muro de granito de una conciencia honrada?
- GEN. Muy bien, Alfredo, muy bien. Si fuera posible abrigar alguna duda sobre tu acrisolada lealtad, bastaría ese arranque para disiparla por completo.
- ELV. Pero la honradez se estrella contra la maldad. Esa pedrada nos da en medio del corazón.
- DAV. La prueba de que nada debo temer está en la propia conducta de mis jefes.
- GEN. ¿Nada te han dicho?
- ELV. ¿No te han hecho ninguna observación?
- DAV. Absolutamente ninguna.
- ELV. Entonces eres perdido.
- GEN. ¿Cómo?
- DAV. Explicate.
- ELV. Estáis obcecados. Responde categóricamente a mis preguntas, Alfredo.
- DAV. Habla.
- ELV. ¿No has ido esta mañana al Ministerio?
- DAV. Sí.
- ELV. ¿Has visto allí a tus jefes?
- DAV. Ciertamente.
- ELV. ¿Y afirmas que nada te han dicho?
- DAV. Nada.
- ELV. Ahora, dime tú, Genaro: ¿A qué hora ha salido ese infame papel?
- GEN. Muy de madrugada.
- ELV. ¿Cuándo has sabido tú la noticia?
- GEN. A eso de las nueve.
- ELV. ¿Quién te la trajo?
- GEN. Unos amigos.

- ELV. ¿Y crees tú, Alfredo, que tus jefes no habrán sido los primeros en conocerla?
- DAV. Y bien...
- ELV. Y bien; eso significa que te la han ocultado.
- DAV. ¿Y tú deduces?..
- ELV. Deduzco que su silencio es muy sospechoso. Deduzco que cuando nada te han dicho, es porque te creen culpable o por lo menos que sospechan de tí.
- DAV. Me has aplastado, Elvira, me has aplastado. *(Cayendo en un diván sollozando.)* ¡Ay! ¡Dios mío! ¡Dios mío!
- GEN. Venga ahora un turbión de lágrimas... Ni tan confiados como antes, ni tan abrumados como ahora, Alfredo.
- DAV. *(Rehaciéndose súbitamente.)* Tienes razón, Genaro; es impropio de los seres varoniles este apocamiento. Siento que empieza a germinar la indignación en mi pecho. ¡Ay del miserable autor de esta insidia cobarde! Tranquilízate, Elvira... Voy corriendo a ver al coronel Gastón y desde allí a la redacción del periódico.

ESCENA V

Dichos y GABRIELA por el foro

- GAB. ¡Señora! ¡Señora!
- ELV. ¿Qué hay, Gabriela?
- GAB. Han llegado unos señores y uno de ellos me ha dicho: Dígame usted a su amo que desea verle el coronel Gastón.
- DAV. ¡Ah!
- ELV. Hélos aquí.
- GAB. Además...
- ELV. ¿Qué ocurre?
- GAB. Que en la calle hay un pelotón de gendarmes.

- GEN. ¡Vienen a prendertel!
- ELV. ¿Lo ves, Alfredo, lo ves?
- GEN. No hay tiempo que perder. Huye.
- ELV. Sí, Alfredo. Pasa por el balcón de la galería a la casa vecina y después salva la frontera.
- GEN. ¡Hazlo, hermano mío!
- ELV. ¡Hazlo, Alfredo de mi alma!
- DAV. ¿Huir yo? Eso nunca. Retiraos a las habitaciones contiguas, interin yo me cifo el uniforme para recibir dignamente a mis jefes.
- ELV. ¡Que te pierdes, Alfredo!
- GEN. ¡Sigue nuestros consejos!
- DAV. ¿Necesitaré imponeros mi autoridad? Soy tu esposo, Elvira. Soy tu hermano mayor, Genaro; os mando que obedezcáis. Tú, Gabriela, introduce a esos señores.
- (Gabriela vase por el foro; Genaro y Elvira vanse por la izquierda. David los ve marchar y hace mutis por la derecha.)*

ESCENA VI

Aparecen por el foro GABRIELA, Coronel GASTON, Comandante ROBINAT y Jefe de POLICIA. Varios oficiales cubren la puerta del foro.

- GAB. Espérenle un momento. No tardará en salir. *(Vase Gabriela por la derecha.)*
- ROB. *(Con mucho misterio.)* Señores, tengo una idea luminosa. Colóquense delante de aquel espejo para que puedan ver en el fondo la imagen del capitán.
- GAS. ¿Cuál es su propósito?
- ROB. Hacerle que escriba sobre esta mesa, una carta al dictado... Cuando oiga el traidor lo que escribió en el documento anónimo, su sorpresa será terrible. Ustedes podrán observar los

cambios de fisonomía que han de alterar su semblante, mirando al espejo.

GAS.
ROB.

Magnífico.
No extrañen ustedes que tome este lujo de precauciones. No hemos de dejar ningún resquicio abierto a la serpiente, que es muy hábil y astuta.

GAS.

Aquí viene el capitán.

ESCENA VII

Dichos, DAVID por la derecha de completo uniforme

DAV.
ROB.

¡Ah, señores! ¿A qué debó este honor?
(*Secamente.*) Capitán David, suspenda usted todo género de cumplidos.

DAV.
ROB.

Usted manda, mi comandante.
Necesitamos que dirija una carta al general Fouquet, inmediatamente.

DAV.
ROB.

(*Sorprendido.*) ¿Una carta?

DAV.

¿Se niega a obedecer mis órdenes?
No por cierto; aquí hay papel y tintero. (*Se sienta junto a la mesa frente al espejo.*)

ROB.

¿Tiene a bien decirme lo que debo escribir al general?

Escriba usted... Atención. (*Esto dicho con mucha intención para que sea entendido por el coronel Gastón y el Jefe de Policía.*) Voy a salir a maniobras... (*Dictando.*) Pero muy pronto...

DAV.

(*Después de haber escrito lo que le dicta.*) Muy pronto.

ROB.

Si usted lo desea le enviaré algunas notas que tratan...

DAV.
ROB.

(*Pausa.*) Ya está, mi comandante.
Fíjese bien en lo que voy a dictarle ahora. Primero: de la descripción detallada del freno de la pieza del 120 corto... ¿Por qué tiembla usted?

DAV.
ROB.

No tiemblo, mi comandante.
Entonces, ¿por qué no sigue al escribir la línea recta? ¿No lo dicen bien claro esos renglones torcidos?

DAV.
ROB.

Siento frío en los dedos.
¿Se atreverá usted a negar que su semblante se ha puesto más pálido que el de un cadáver?

DAV.
ROB.

No será por temor de ninguna especie.
¿Se quiere mayor disimulo, señores, ni más pruebas de su culpabilidad?

DAV.
ROB.

¿Yo culpable?
Basta... capitán David; en nombre de la Justicia militar, dese usted preso.

DAV.

¿Qué escucho? ¿De qué se me acusa? ¿Por qué se me detiene?

GAS.

Eso ya lo ventilará usted ante el Consejo de guerra.

DAV.

¡Mi coronel! ¡Mi comandante! Conste mi protesta. Juro a Dios que soy inocente.

GAS.

Vamos, hombre, es inútil que trate de negarlo. Hemos descubierto su crimen.

DAV.
ROB.

¿Qué crimen?
El más bochornoso para un militar. El de traición a la patria.

DAV.
GAS.

Falso, mi coronel; falso de toda falsedad.
Basta de declamaciones inútiles. Sr. Jefe de Policía de Seguridad: condúzcale a las prisiones militares como reo de Estado. (*El Jefe de Policía y los oficiales desenvainan los sables.*)

DAV.

¡Qué horrible iniquidad! ¡Qué espantosa injusticia!

GAS.

No consienta usted que nos veamos obligados a emplear la violencia.

DAV.

Eso nunca, mi coronel. Todavía soy capitán del Ejército francés: vamos.

ESCENA VIII

Dichos y ELVIRA por la izquierda

- ELV. ¡Alfredo! ¡Alfredo!
 ROB. ¡Alto allá, señora!
(Alfredo se detiene a la puerta del foro para mirar desesperadamente a su esposa. El coronel Gastón le indica, con un ademán, que siga adelante. Después de este breve cuadro de sensación, Alfredo vase por el foro y continúa el diálogo.)
- ELV. ¿Dónde llevan a mi marido?
 ROB. Su esposo ha sido arrestado por la Justicia militar.
- ELV. ¡Misericordia divina! Eso no es posible... Mi esposo es inocente... ¿lo oyen? Es inocente.
 ROB. Tanto mejor para él si así resulta del proceso que se le instruye.
- ELV. ¿Y quién ha urdido esa infame intriga?
 GAS. Señora; no hemos venido a esta casa para insultos.
- ELV. ¡Perdón! ¡Perdón! ¡Estoy loca! ¡Desesperada!
 ROB. Con su permiso hemos de llevar hasta el fin nuestra penosa misión.
- ELV. ¿Hasta el fin? *(Aterrada.)*
 ROB. Nuestro deber es el de registrarlo aquí todo.
 ¡Ay de usted, señora, si comete la menor imprudencia!
- GAS. Cualquier acto irreflexivo puede atentar contra la vida de su esposo.
- ELV. ¡Misericordia!
 ROB. Concluyamos. ¿Dónde se halla el despacho del capitán?
(Señalando a la derecha.) ¡Allí! ¡Allí!
- ELV. Vamos, mi coronel, vamos a practicar un

nucioso registro. *(Luego dice al coronel al hacer mutis.)**(Si no encontramos nada, prueba de ocultación.)*GAS. Y de culpabilidad. *(Vanse por la derecha.)*

ESCENA IX

ELVIRA

- ELV. ¡Siento que me faltan las fuerzas! ¡Qué angustia tan horrible se apodera de todo mi ser! ¡Quiero llorar y no puedo! ¡Tengo un nudo en la garganta que me ahoga!

ESCENA X

Dicha y GERARDO por la izquierda

- GEN. ¡Elvira!
 ELV. ¡Genaro! ¡Se han llevado a mi esposo! ¡Sálvame! ¡Devuélveme la vida!
- GEN. ¡Valor, hermana mía! ¡Valor! Aún estoy yo en el mundo para deshacer este error de la justicia. Mi vida y mi fortuna ya no tendrán más objeto que redimir al inocente... ¡Y si esta maldad no es obra del capricho de la suerte y sí de los hombres, yo aplastaré al autor miserable aunque se oculte en las entrañas de la tierra! ¡Lo juro por el Dios del Sinaí que es el Dios justiciero y vengador de nuestra raza!
 ¡Adiós, hermana! *(Vase por el foro.)*

FIN DEL ACTO SEGUNDO